

Estoy aquí en compañía de mi hermana. He visto al santo padre cuando paseaba por el jardín del palacio del obispo. Ayer estuve á oír la misa del Papa en la iglesia de San Juan; ví perfectamente todas las ceremonias, pero me costó mucho trabajo poder llegar hasta su trono para besarle la chinela; sin embargo, tuve por fin esta satisfacción. Este anciano tiene verdaderamente el aspecto de un santo, como también algunos de los prelados que le acompañan.

LXV

12 de Mayo de 1805

Aumenta nuestra fortuna: mi marido acaba de comprar la casa de M. de Ozenay; tiene un jardincito, y es muy espaciosa: la amueblaremos para habitarla este verano, Dios mediante.

Mi marido me entrega seiscientos francos mensuales y los frutos naturales que proceden de nuestras dos fincas, para sostener la casa y pagar el colegio de Alfonso, lo cual es más que suficiente. Cada día admiro más las prodigalidades de la divina Providencia para con nosotros.

Mi cuartito está muy bien arreglado, y cuantos nos visitan dicen que es muy bello. Comprendo que estoy demasiado bien en este mundo y que tengo mayores bienes de los que me pertenecen. He leído un tratado místico sobre la dulce virtud de la confianza, que me ha hecho un gran bien. Es el tesoro por excelencia, el dulce abandono á la voluntad celestial.

LXVI

20 de Agosto de 1805

El hermoso cuarto, en el cual estoy instalada des-

de ayer, será probablemente el último cambio de habitación que yo haga; en él moriré sin duda. (En él murió efectivamente.)

Alfonso llegó ayer. Me preocupó mucho por él y por sus hermanas, pues no veo medio de educarlos fácilmente. Sin embargo, cuando me veo rodeada de estas seis hermosas criaturas, me siento orgullosa y satisfecha! Ruego á Dios que me dé las luces necesarias al objeto de cumplir debidamente mis obligaciones con respecto á mis hijos.

LXVII

9 de Noviembre de 1805

Hemos venido á pasar unos días en el castillo de Monceau, propiedad de mi cuñado M. Lamartine, el ángel de la familia, y Mme. de Villars, nuestra Providencia, están con nosotros. Aquí se reúnen los vecinos más distinguidos, y entre ellos se encuentran M. Blondel, el abate Bourdon y el comendador Folin; cada uno de estos ancianos cuenta á porfía instructivas anécdotas. Llevamos una vida deliciosa; el tiempo es precioso y paseamos mucho; durante las veladas, se cuentan historias. Pero no estoy bien de salud: me ha salido como un fuego en la cara, y voy persuadiéndome de que mi tez se agosta; no he de ocultar que siento mucho esta fealdad. No obstante, si hay en ello humillación, puede ser que encierre una gracia que me aparte del mundo alejando de mí sus miradas. Me someto gustosa, pero no sin molestia, pues hubiera querido verme dispensada de ley común, conservando en mi vejez los atractivos de la juventud. Con frecuencia me olvi-

do de que ya cuento treinta y ocho años, y todo cuanto me lo recuerda me es desagradable. Dios mío, haced que acuda siempre á mí el recuerdo de la nada y tened compasión de esta débil mujer.

LXVIII

Milly, 6 de Julio de 1806

Ora vez estoy en mi retiro, donde me hallo más en paz con mi especial manera de ser. Es cierto que amo al mundo, pero también amo el reconocimiento que me proporcionan mi jardín y mi cuartito.

Hemos hecho, mis hijas y yo, montadas en asnos, una excursión á las ruinas y lugares vecinos; hemos bebido leche, hemos charlado largamente con los aldeanos que me conocen, y que parece que me quieren por haberles dado consejos y remedios para sus hijos: esto me satisface. Siempre gusta uno de ser amado, y no deja de ser conveniente y agradable el cariño de las pobres mujeres del campo; nunca se pierde el tiempo empleado en hacer el bien y en adquirir simpatías.

LXIX

7 de Septiembre.

Mi marido ha vuelto de la posesión que su hermano tiene en Dijón. Nos hallamos nuevamente en Saint Point, lugar que, á decir verdad, prefiero á todos, á pesar de los destrozos del castillo; quiero encerrarme en un retiro moral aun más profundo. Conviene alguna vez aislar nuestro corazón en la soledad y el silencio.

LXX

Domingo 24 de Septiembre

Estos días los he pasado completamente retirada; únicamente el señor cura nos ha acompañado á comer algún día que otro.

El día no resulta bastante largo para todo lo que yo quisiera hacer y mis fuerzas se agotan antes que la voluntad y el deber.

Voy todos los días á misa á eso de las siete, como me propuse en un principio. Mis hijas me acompañan. Después de la misa nos desayunamos, y comenzamos á trabajar, alternando nuestras tareas con la lectura de la Biblia: después y hasta la hora de comer, mis hijas dan lecciones de gramática é historia. Con estas ocupaciones, el tiempo lo encontramos corto. Después de comer tenemos una hora de recreo. Luego volvemos á tomar nuestra labor y alguna lectura amena que yo escojo siempre procurando que sea tan agradable como instructiva; algunas veces recitamos de memoria algunos párrafos de la historia ó de la gramática. Vamos luego á rezar nuestro rosario á la iglesia ó á nuestro gabinete; paseamos después hasta la noche, y durante la velada, mientras yo juego al ajedrez con mi marido, las niñas se entretienen aprendiendo de memoria alguna de las fábulas de La Fontaine.

Mientras no ocurra novedad alguna que nos interrumpa, esta es la vida ordinaria que llevo con mis hijas, con las diferencias naturales que exigen las diversas estaciones del año: mi principal objeto es inspirarles mucha piedad, ocupándolas siempre en cosas útiles.

Ayer recibí carta de mi Alfonso, está bien de salud; me parece un sabio en la manera de escribir.

LXXI

Milly, 25 de Septiembre

Mi pobre esposo ha sufrido una pérdida de veintín mil francos. El comerciante encargado de venderle el vino se ha declarado en quiebra.

Esta gran desgracia mi marido la sufre con la mayor resignación.

Según se dice, el comerciante de vinos, que es de Nuits, resulta ser un desgraciado, pero de una honradez sin límites. Esta mañana ha venido él mismo á anunciarnos la suspensión de pagos, diciendo que va á convocar á todos sus acreedores para que se repartan cuanto le queda, y que no se reserva nada para él. ¿Cómo no apreciar semejante conducta y no compadecer á quien nos arruina tan contra su voluntad? Porque no hay duda que vamos á quedar por ello pobres durante todo el año, ya que sólo contábamos con la suma que se ha perdido. ¡Hágase la voluntad de Dios! Admiro la calma de mi marido después de semejante contratiempo; él sufre sin embargo por mis hijos y por mí; pero exteriormente, es decir, en cuanto nos nos hiera materialmente á nosotros, es un hombre de bronce.

Alfonso debía regresar el día 17 del colegio; fui á recibirle en Macón. Llegó por la noche solo. Le encontré mucho mejor de lo que esperaba; es ya cuatro dedos más alto que yo, está algo flaco y pálido; parece un buen muchacho; los jesuitas, sus maestros, se admiran de sus facultades; ha venido car-

gado de coronas, premios, discursos en latín y en francés, versiones y poesías latinas y... á pesar de todo, es modesto sin petulancia alguna. Lo que me ha complacido también mucho, es que parece inclinado á la piedad. ¡Dios lo quiera! Porque creo que es lo único que puede hacerle feliz!

Después de su llegada, he corrido á la iglesia, llenos los ojos de lágrimas de alegría, á dar gracias á Dios por el gran favor que acaba de acerme con el feliz regreso del hijo de mi corazón.

*
*

Al presentar á Alfonso á toda la familia en Monceau, he sentido un poco de orgullo. Sin embargo, no le encuentro el tono tan dulce como yo quisiera. Creo que debo alejarle de mí que tanto le amo, y que tanto le mimo por añadidura; y por otra parte, he de mimarle por condescendencia. ¡Cuán difícil es formar un hombre!... Tanto mi marido como yo nos encontramos apurados para acertar en lo que debemos hacer con él.

Adora la carrera militar, que es la de su padre; ¡pero esa guerra contra la Prusia devora tantos y tantos jóvenes! Y además, la carrera de las armas es mortal de necesidad para la juventud inocente.

LXXII

Mi madre vuelve á la ciudad el 25 Diciembre de 1806.—He aquí lo que se lee en su *diario* del 2 de Enero de 1807:

2 de Enero

Hoy he quedado convencida de que camino aceleradamente hacia la eternidad.

Las virtudes en que yo pienso fijar especialmente mi atención este año, son la dulzura y la humildad. Me parece que con las principales. Quiero hablar poco de mí, sobrellevar con paciencia las contrariedades y las humillaciones que pueda soportar sin menoscabo de la dignidad humana, no rebuscar en mi tocado vanidad alguna, no reprender á mis hijos y á otras personas con acritud ni enredarme nunca en discusiones; quiero asimismo, no decir jamás una palabra que pueda molestar al prógimo, presente ó ausente. Estos son mis proyectos durante este año; si puedo cumplirlo fielmente, habré empleado bien el tiempo.

LXXIII

No hay nada de particular en las anotaciones de este año hasta el mes de Septiembre, en el cual se lee:

* *

Vivo sola en Milly con mis hijas y mis libros; esta soledad me encanta. He dado esta tarde un gran paseo por la montaña de Craz, situada detrás de nuestra casa sobre nuestras viñas. Estoy sola; gusto mucho durante las horas de la tarde de irme sola y lejos. Amo mucho el otoño y los largos paseos; sin otro entretenimiento que mis impresiones; éstas son grandes como el horizonte y llenas del espíritu de Dios. La naturaleza conmueve mi corazón bajo mil reflexiones, y me infunde cierta tristeza que me fascina; no sé lo que es, pero siento una especie de armonía secreta entre nuestra alma infinita y el in-

finito de las obras de Dios. Cuando vuelvo la vista y observo desde lo alto de la montaña la luz que brilla en el interior del cuarto de mis hijas, bendigo y doy gracias á la Providencia, por haberme concedido este nido, casi oculto á la vista de todo el mundo, para dar calor y vida á los hijos de mi alma.

* *

Todos los días por la tarde, digo una oración de muy pocas palabras; un cántico interior que ninguna persona lograría entender; pero vos, Dios mío, vos lo comprendéis muy bien, como entendéis el zumbar de los insectos entre las florecillas de los matorales y el ruido de la hoja seca, juguete del viento.

* *

En el año 1897, sólo contiene el *diario* misteriosos exámenes de una conciencia escrupulosa hasta el extremo, y obligaciones de una madre para salvar de todo peligro á sus hijos. De regreso á la ciudad para pasar en ella el invierno de 1808, vuelve á tomar la pluma alguna que otra vez, pero la pluma parece que se resiste á trazar sus ideas. 1808 y una parte de 1809 faltan. Véase, no obstante, lo que sucedió entonces á mi familia.

Había por aquel tiempo en Mâcon una bellísima joven perteneciente á cierta familia muy distinguida; era elegante, hermosa y de espíritu recto y cultivado, quien inspiró á su hijo una de aquellas inclinaciones infantiles é inocentes y puras, que son siempre, mejor que las explosiones, el presentimien-

to del amor. No obstante, las diferencias de edad, tenían entrambas familias pudiera traer aquella simpatía consecuencias que no entraban en sus cálculos.

Por este motivo acordaron alejar de allí por algún tiempo al joven, bajo pretexto de un viaje á Italia. Creíase, no sin razón, que el aire de los Alpes desvanecería aquella fantástica imaginación.

Veamos el manuscrito.

Aquellos pensamientos prudentísimos casi no existen en él: su imaginación se ocupa exclusivamente en buscar el bien para su hijo.

LXXIV

Domingo, 26 de Noviembre de 1809

Me ocupo en leer las *Memorias* de Mme. Roland, cuyo marido fué ministro al principio de la Revolución, por la cual Mme. Roland fué guillotizada. Hubiera sido esta mujer un gran talento, un carácter, un dechado de virtudes, si durante su juventud no se hubiese penetrado del deslumbrante y falso espíritu que entonces reinaba, arrastrándola en la detestable cima, desde la que derrumbó el mundo, perdiéndose á sí propio; porque fueron sus opiniones las que la condujeron á la guillotina.

Sus memorias están bien escritas y me han interesado, pero no he leído nada de lo que se trata de religión, puesto que habla de ella bastante mal. No he querido que mi hijo leyera dichas *memorias*, á pesar de que lo ha deseado mucho. Ya sé yo que él puede hacerse, á pesar mío, con cuantos libros quiera, pero al menos no deberé reprocharme el

haberle dado autorización para leerlos y menos proporcionárselos.

He pensado asimismo por el hombre se permite á cierta edad leer cuantos libros se le presentan, bajo el pretexto de que ya no corre peligro; sin embargo, siempre esto es peligroso ya que la fe puede extraviarse á todas las edades; debe estar siempre prohibido el combatir con el espíritu. El hombre acaba por llenar su cabeza con el abigarramiento de toda especie de lecturas; así es que sólo á la prohibición de aquellas que, aun agradables, pueden ser peligrosas, debe confiarse la conservación de las sanas creencias.

Ha muerto en Mâcon M. Sigorgne, á la edad de noventa años. Como era un sabio, había sostenido correspondencia con J. J. Rousseau sobre la religión y sobre la filosofía. Gran amigo de M. de Lamartini, mi cuñado, dió por amistad, lecciones de matemáticas á mi Alfonso. Era uno de estos monumentos antiguos que no quisiéramos jamás ver desrumbados. Amamos el tiempo cuando somos jóvenes, pero al llegar á viejos, el amor se convierte en veneración.

Alfonso irá á pasar este invierno á Lyon para que se vaya acostumbrando poco á poco á los usos y costumbres de la alta sociedad.

Ha marchado en compañía de M. de Balathier, persona de excelentes modales; estamos muy contentos de semejante oportunidad porque ella será causa que le privará de las malas compañías de otros jóvenes de su edad.

Me encuentro sola con mis cinco hijas, todas ellas fáciles de ser conducidas al bien. Nuestra vida

aseméjase á la de un monasterio: por la mañana leemos en comunidad algo piadoso, luego estudiamos juntas la historia antigua; me agrada é interesa tanto como á las niñas. Después de comer se trabaja un poco; al caer de la tarde rezamos también juntas, y durante la velada, acostumbramos á leer alguna de las comedias de Moliere. Creo yo que no hay en ello ningún mal, pero suprimo las palabras que cree peligrosas. Después de esto, rezamos la oración de la noche: de esta suerte el día pasa ligero. ¡Qué nuestras oraciones aprovechen á nuestras almas! Si fuera yo libre creo que me consagraría completamente á Dios.

LXXV

Mi esposo se halla en Mâcon en el consejo general del departamento, presidido por M. Denon. M. Denon es hombre de bastante edad, pero joven de ingenio. Este señor ha estado con nosotros unos días y nos ha contado sus viajes á Egipto con el Emperador; dice que diseñaba las batallas durante los combates.

Ha colmado á mi marido de distinciones, y le ha propuesto hacerle nombrar diputado; pero mi marido ha dicho que podría encontrarse, si llegaba al caso, entre su conciencia y su fortuna, y que prefería por lo tanto sacrificar toda grandeza mundanal á la obscuridad y paz de su conciencia. Admiro y respeto mucho los motivos que le obligan á obrar de tal manera, aunque mi amor propio disfrazado bajo el color de la fortuna de mis hijos, me conduzca á desear tales honores y la natural foma y nombradía, que lleva consigo un cargo semejante.

LXXVI

7 de Enero de 1810.

La peligrosa ociosidad en que se encuentra mi Alfonso, me tiene inquieta. En estos momentos es cuando necesito para él todo el socorro divino que siempre he solicitado.

Sus pasiones empiezan á desarrollarse; temo que su juventud y su vida sean demasiado borrascosas, le veo de continuo melancólico, y agitado; no sé lo que pretende. ¡Ah! quisiera encontrar el medio para tenerlo contento. Nos critican por haberle dejado ir á pasar el invierno á Lyon, fiados en su buena fe, pero los que tal hacen desconocen las razones que hemos tenido para ello. Muchas veces conviene dejar que diga el mundo lo que quiera y hacer lo que nosotros creamos mejor. Él parece que desea adquirir relaciones y tiene afición al estudio; contando con recursos suficientes, es mucho más fácil en una población grande ocupar el tiempo, huyendo de los peligros de la ociosidad, que en una población pequeña donde hay que hacer siempre la misma cosa. Por otra parte, estoy muy contenta de que todo el mundo no lo vea así, porque siendo como es, de aspecto gallardo y elevada estatura, podría también tentar á los agentes del Emperador para que no admitiesen en reemplazo suyo, el sustituto que le hemos comprado para que sirva en el ejército.

LXXVII

Milly, 11 de Abril de 1810

Desde ayer estoy en este pueblo con Cecilia y Eugenia; el tiempo es magnífico; he querido venir á

gozar de una hermosa mañana de primavera, y lo he conseguido por completo. Hoy, desde que me he levantado, he estado en mi jardín por espacio de más de tres horas leyendo, rezando, reflexionando y dando gracias á Dios por sus beneficios que procuro aprovechar tan bien como es posible. La hora ha sido deliciosa, los árboles están cargados de flores y capullos que perfuman el aire.

Empiezan á brotar las hojas, á cantar los enamorados pajarillos y á zumbar los insectos. Es esta la época en que resucita la naturaleza de su muerte aparente durante el invierno, y en que más se disfruta de ella en estos solitarios parajes. Por desgracia, tengo necesidad de volver á la ciudad donde he de permanecer algún tiempo. Será la voluntad de Dios el que yo me aleje de estos sitios; cúmplase pues su santa voluntad.

El domingo estuvo á comer con nosotros M. Morel, distinguido dibujante y buen músico; es él quien ha trazado la mayor parte de los jardines ingleses que admira todo el mundo en los alrededores de París. Ha venido aquí para hacer algunos trabajos que le ha encargado M. de Rambuteau. He tenido ocasión de hablarle y me ha dicho que había sido muy amigo de mi padre y de mi madre, con lo cual he tenido una alegría grande; en su consecuencia le he convidado á comer, y he tenido la satisfacción de entrar en relaciones con él. Es ya muy viejo, pero conserva perfectamente expedito el uso de todas sus facultades, á pesar de sus ochenta y cuatro años, lo cual se atribuye á su gran sobriedad; dice que jamás ha bebido vino. Esto me ha confirmado en el propósito que yo tengo hecho de no beberlo nunca.

Creo ver mañana á M. Rambuteau porque dice que ha asistido al casamiento del Emperador y tengo deseos de saber algo de aquella ceremonia tan magnífica según dicen todos: las iluminaciones parecen haber excedido á todo cuanto se había visto hasta hoy en su género. He aquí una cosa que me hace reflexionar sobre la insignificancia de lo que se ocupan los hombres, puesto que uno de sus mayores placeres consiste en reunir algunos centenares de candilejas colocándolas unas juntas á otras. Es decir, que podemos exclamar fundadamente: ¡*Vanitas vanitatum!* un poco de luz, un poco de ruido y otro poco de humo; ¡esta es la gloria á que todos aspiramos! ¡Y pensar que yo la deseo para mi hijo!

LXXVIII

Milly, 17 de Abril de 1811.

He pasado sola, en Milly, un día delicioso. Hace un tiempo precioso. Nunca he paseado tanto. He leído el primer volumen de un libro interesantísimo; se intitula, *Itinerario de París á Jerusalem*, por M. de Chateaubriand. Es una obra excelente.

Ayer fui á Changrenon á hacer una visita á madame de Rambuteau, en compañía de la cual se encuentran actualmente M. de Narbonne su padre, su marido y su hermana. Tenía curiosidad de volver á ver á M. de Narbonne, quien había sido en otra época muy amigo de mi hermano mayor (secretario en la embajada de Holanda y hombre distinguido). He hablado con él, y parece persona muy amable: dicen que goza de la consideración del Emperador. Se habla de él para el ministerio de Relaciones

exteriores. Ha hecho una grande acogida á Alfonso, y le ha comprometido á que vaya á visitarle cuando esté en París; pero tengo para mí que esto puede acarrear más daño que utilidad. Yo no pido para mis hijos las grandezas de este mundo, únicamente deseo para ellos un modesto y tranquilo bienestar, adquirido en el cumplimiento estricto de sus deberes.

LXXIX

11 de Octubre de 1811

Alfonso me escribe desde Roma cartas llenas de entusiasmo sobre los monumentos de esta ciudad célebre; mucho me gustaría estar en su compañía pero mi pobreza no me lo permite. Los gastos de su viaje nos ayudan á cubrirlos sus tíos. Para este objeto, nos dieron ayer 72 luises. Alfonso si es económico podrá pasar con cien luises el invierno y en Nápoles, pero como es joven y de imaginación viva, y ardiente ¿qué va á hacer entregado á sí mismo en los países lejanos? Yo aspiraba á verle partir, aspiro ahora á verle y á volver; durante el día, lo recomiendo veinte veces á la protección divina. ¡Qué desgracia es tener un hijo desocupado! A pesar de la repugnancia de la familia por verle servir á Bonaparte, deberíamos mejor pensar en él que en semejantes repugnancias; cuando se trata de los hijos conviene hacer caso omiso de las opiniones políticas.

Yo confío que su amigo M. Aymon de Virieu, irá á reunirsele; es un bellissimo sujeto ya entrado en años y que ha de serle de gran utilidad en algunas circunstancias.

*
* *

En esta época fué cuando yo abandoné Roma para ir á Nápoles, en cuya ciudad hice la vida errante y poética descrita en el episodio, verdadero en su fondo, titulado *Graziella* (1) (Véase el primer volumen de las *Confidencias*).

LXXX

Hay aquí una grande interrupción.

El *diario* no continúa hasta que su hijo ha vuelto de sus viajes, el 24 de Julio de 1812.

24 de Julio

Más de quince días hace que me enuentro aquí; fué el 7 de Julio el día que vine á establecerme; mi esposo ha estado en la ciudad con Cecilia. Los primeros días creí disgustarme porque no experimentaba el placer ordinario que siento cuando estoy en el campo, pero desde que vine, he ido acostumbrándome poco á poco y me encuentro ya muy bien. Mis paseos solitarios, el trabajo y la lectura en compañía de mis hijas, y el cuidado de algunos enfermos, todo ha recobrado por mí su interés ordinario, y yo he estado tan bien como merezco, si puedo estarlo. Solamente Dios sabe cuan escasos son mis merecimientos. Pero esta tranquilidad ha sido turbada por una circunstancia.

(1) *Graziella*.—*Rafael*.—Estas dos magníficas y acaso las mejores producciones de Lamartine, se venden en esta librería Editorial y forman parte de la *Colección de autores ilustres*. Ambas obras forman un solo volumen.

LXXXI

10 de Agosto de 1815

Me encuentro ya en la deliosa morada de mi cuñado el abate Lamartine, en Montculot, en medio de bosques y de fuentes en una especie de desierto que parece una abadía. Debiera estar aquí en paz y sin embargo no es así; los cuidados de madre de familia me siguen por todas partes, incluso aquí mismo. ¡Ah! cuantos reproches debo echarme en cara! Soy extremada en todo; en el mundo, toda del mundo y en la soledad acaso demasiada austera; los objetos presentes agitanse con violencia sobre mis sentidos; en fin, yo sufro. Ofrezco todas mis penas á Dios, rezo muy poco y leo mucho; estoy excesivamente impresionada por la brevedad de la vida y la necesidad de prepararme para la eternidad. Trato frecuentemente de penetrarme de lo que recuerdo haber escrito una vez, esto es, que yo no quería considerar más que esta vida como un purgatorio, y que todas las penas que Dios me envíe debo encontrarlas dulces en comparación de las que yo merezco. Lo que me hace temblar, es el porvenir de mis seis hijas. ¡Cuantos disgustos preveo en esta causa pero, el tormento que semejante previsión me causa es condenable, porque vengo probando de continuo, que el socorro de Dios jamás me ha faltado en circunstancias alguna, y que con mayor fuerza de razón, debo yo considerar ser éste el verdadero centro de mi vida.

LXXXII

17 de Diciembre de 1812

Nuevamente ha regresado de Milly para instalarme en la ciudad: al pasar por changrenon he comido en casa de Mme. Rambuteau, lo cual me ha causado un placer grande porque hemos hablado mucho de personajes de París que conocimos durante nuestra juventud.

LXXXIII

31 de Enero de 1813

Mañana se anuncia al fin el casamiento de mi primera hija, con un gentilhomme del Franco Condado que se llama M. de Cessia. Cecilia es muy bella y más joven que él.

A pesar de la diferencia de edad, él es muy bueno y razonable. A los dieciséis años recibió una herida formando parte del ejército de Condé, y cojea un poco. Vive con su padre que cuenta ya ochenta y seis años, de carácter imperioso y absoluto, y dos hermanos solteros. Es un excelente casamiento que, aunque me preocupa un poco, espero ha de hacer la felicidad de mi Cecilia.

Alfonso está en París; ha sido muy bien acogido por M. de Pansey, consejero de Estado y presidente del Tribunal de casación. La prima de Alfonso, Mme de Pré, quien vive en compañía de Mr. de Pansey, es una persona muy amable aunque de mucha edad. Me admira que en las postrimerías de la vida y cuando vamos á perder ya todo lo que pertenece á